

esperanza de que puedan comerse, llegan a comandantes, tenientes coroneles, coroneles... y tienen siempre un empleo seguro como buenos escribientes, buenos ujieres, y mozos de almacén meticulosos y honrados.

El barón (el otro gentilhomme) era el marido de la baronesa Esmeralda, la famosa literata, autora, como todos saben de «El dedito en la nariz», novela para señoritas. Barón y baronesa habitaban una especie de casa colonial, suntuosamente circundada de ortigas, y compuesta de una habitación y un rinconcito, con dos o tres mirlos, un reloj de arena y una panoplia. Cada ocho días ponían bien a la vista en la terraza del «castillo» un faisán disecado, y usaban medias blancas de seda en verano y en invierno. Los viles burgueses murmuraban y decían que un mismo par, cortado a media pierna, servía para los dos: el barón, como usaba zapato muy descotado, se ponía la mitad de abajo, la del talón, y la baronesa la otra mitad, porque llevaba botinas muy altas. De esta suerte, por el módico precio de un par de medias, los cónyuges ponían en salvo el decoro de su nombre cinco veces secular.

El caballero y el barón presentaron a Sketch la tarjeta de desafío, invitándole a que nombrara por su parte dos padrinos.

—No me sería difícil—respondió él—hallar por ahí dos desocupados. Pero, o bien son dos cretinos, y entonces no los juzgo capaces de apadrinar mi honor y mi piel, o son dos inteligentes, en cuyo caso no aceptarán el encargo estúpido de ponerse a discutir con ustedes bagatelas que no les interesan.

Los dos enfundados gentileshombres se alejaron de allí, pomposamente dignos y fueron a entrevistarse con su representado.

Su representado, el joven de mundo, hizo desdeñosamente sus baúles y con su bastón Hammerless, su impermeable Biskery y sus magníficos guantes de karguro, se fué a la capital, en busca de otros

dos padrinos más resueltos y expertos en los delicados lances de caballería. Su dignidad, ultrajada por una comediante cualquiera, reclamaba una enérgica reparación. Y su honor no podía quedar insatisfecho.

Bastaba con que quedase insatisfecha... la cuenta del hotel.

2

Y así es como el público se renovaba. En el sitio de la semirrubia ramerilla, no trabajada todavía por el tiempo, y que de improviso se había marchado porque la presión atmosférica no congeniaba con «Baccarrá», su perro, sentábase ahora una solterona cincuentona, la última soñadora: una cinta azul celeste sujetando sus ricitos acampanillados, perfumados con ilhang-ilhang (1901), un portamonedas dorado al fuego, en estilo liberty (1902), una capa de encaje Richelieu (1903) sobre el seno, palpado todo él por el ya inexistente cardenal... Y andaba por la hierba con zapatos barnizados y tacones Luis XV, y se arrodillaba en las laderas de los arroyos, para coger esas flores que se llaman «no-te-separes-de-mí».

En la época del «asunto Dreyfus», cuando aparecieron los primeros ventrílocuos, había tenido una

desilusión de amor, o una pasión reñida, como dicen las echadoras de cartas.

Una comisión de espiritistas (esos espiritistas que se improvisan en todos los balnearios de altura, los días de lluvia), después de haber molestado a los espíritus magnos y a las sombras de los héroes que se pasean por entre los evónimus de los Eli-seos, propuso a la actriz que tomase parte en sus sesiones.

—Quién sabe, señorita, si es usted medium—exclamó el más inteligente de la brigada, un viajante de comercio (tules, encajes, *guipures*.)

—Ni soy medium—cortó la actriz por lo sano—ni creo en esos espirituales juegos de sociedad.

—Sin embargo, señorita, hoy día—sentenció el más inteligente de la brigada (tules, encajes, *guipures*)—no es lícito poner en duda ciertos fenómenos; y deben admitirse, aunque no puedan explicarse.

—Si yo los explico muy requetebién—interrumpió la actriz.—En cada familia donde hay una mesa que cojea, todos se creen mediums. El espiritismo no existiría, si los carpinteros tuviesen más cuidado al cortar en sus bases las patas de las mesas.

Un enjambre de señoritas necias, de esas señoritas para las cuales pulirse las uñas y manejar una raqueta de tennis constituyen el alfa y omega de la existencia, se acercaron a la actriz, evaporando todo su espíritu que se resume en esas expresiones ingeniosísimas: «Exagerado, bestial, no me fio, más elegante que un bello morir, he tomado un rico café», pero fueron acogidas con un silencio glacial. Otro grupo de señoritas ensayó maneras opuestas para tener mejor fortuna con la actriz trágica, y adoptaron actitudes extrañas, posturas indefinibles, aires de esfinge, ojos ambiguos, boca enigmática, signos cabalísticos con las manos, gestos indescifrables, almas ocupadas por tremendas antitesis. Esas señoritas que dilatan su nariz, se muerden los labios

y miran a la bóveda celeste, exclamando con voz trascendental: ¡Tal vez!

—Nosotras somos señoritas modernas—confesaron a la actriz, para congraciarse con ella;—somos muchachas evolucionadas.

—Evolucionada o retrógrada, la señorita es siempre como la definió Baudelaire—respondió, glacial, la actriz:—*Une petite sottise et une petite salope; la plus grande imbécillité unie à la plus grande dépravation. Il y a dans la jeune fille toute l'abjection du voyou et du collégien* (1).

Pero a la virgen de dieciocho quilates que entraba en aquel momento, y la miraba con ojos extraviados, le dijo, cogiéndole las dos manos:

—Menos contadísimas excepciones, Mélitta.

Y le pasó sus largos dedos por los cabellos.

Las otras señoritas no volvieron más.

*
* *

—Ten mucho cuidado—le advirtió Sketch cuando quedaron solos.—Insultas a las señoritas, ofendes a los hombres, me proporcionas duelos con mosqueteros de bailes de máscaras: nos hacemos antipáticos en el hotel a todo el mundo.

—¿Antipáticos? Pues no busco otra cosa. Así me dejarán en paz. Tú eres el que me ha traído a este innoble fonducho de feudales con cédula, y de comadres con *tailleurs*.

—Es el mejor hotel de la montaña.

—No hemos debido venir a la montaña.

—La escogiste tú.

—Porque no la conocía.

—Y yo menos que tú.

—Haberte informado.

(1) Una pequeña boba y una pequeña sucia; la imbecilidad más grande unida a la más grande depravación. La señorita tiene la abyección del golfo y del colegial.

—¿Y después?

—Después de informarte, me llevas a otro sitio.

—Eres una mujer a la que no puede proponersele otra cosa de lo que tiene ya decidido.

—¡Calla! Llevo dos años no haciendo más que tu voluntad, como la más estúpida de las mujeres.

—Pero quien obedece soy yo siempre.

Una pausa. Alguien entraba en la sala, desplegaba un periódico y se ponía a leerlo.

—Habla bajo—rogó Sketch—porque tenemos público.

—Estoy acostumbrada a él—y moderó la voz.

—Por otra parte—dijo Sketch,—en cualquier otro hotel de cualquiera otra montaña a donde hubiésemos ido, habríamos hallado este mismo ambiente: porque en todas partes se encuentra uno con el «veraneante»: no son ya el doctor, ni el contable, ni la estudiante, ni la entretenida, ni el diputado: son «veraneantes», con todo su cortejo de ruidos y alegres imbecilidades.

—¡Lo sé, pero estoy harta ya de toda esta gente que me rodea y me oprime! Espiritistas, bailarines, intelectuales, aristócratas, tenderos que cambian de mostrador, señoritas en busca de cualquier distraído que las comprometa, señoritas borrachas de fatalismo, solteronas sentimentales pasadas ya de moda, marquesas que se suben las medias en caracol, y se perfuman con almizcle y bergamota. ¡Basta, basta! ¡Acabaré yo también por ser víctima de este ciclón de cretinismo! Los timbres eléctricos no funcionan: pides una esencia de cedro y te traen un limón exprimido; encargas agua tibia y te la traen hirviendo; la pones en la ventana a refrescar, y la retiras helada; le das la ropa a la camarera, y en lugar de sacudirla por dentro, te la cepilla a contrapelo. No he visto jamás una camarera tan estúpida.

—Si fuese inteligente no sería camarera: sería *cocotte*.

El señor que había entrado en la sala para leer, había leído, vuelto a doblar el periódico, hecho una reverencia y tomado la puerta. Desde que los abogados han sacado la moda de molestar a los testigos, no es prudente asistir a las tragedias de amor.

La mujer pudo elevar la voz nuevamente, y tocar el registro de las lamentaciones.

—Si nos hubiéramos ido a otro sitio, no habríamos encontrado a esa desgarrada pelirroja.

—¿Quién?

—Esa descolorida cara de pecho liso: tu virgen hierática y fatal.

Sketch intentó hablarla suavemente, con dulzura.

—Te ruego que reflexiones siquiera un cuarto de segundo, amor mío. ¿No eres acaso tú misma la que le pasas la mano por los cabellos y la sonríes?

—Claro que sí. No soy ninguna provinciana para mostrarme celosa.

—Podrías no preocuparte de ella.

—Para dejaros libres.

—Yo no la miro siquiera.

—Pero la tocas.

—Me molestas con esas extravagancias.

—Son hechos.

—Que no tienen la más leve sombra de verosimilitud.

—Tampoco había la más leve sombra de verosimilitud este invierno pasado cuando te sorprendí con aquella genérica, cuando te encontré en un paseo con la mujer del administrador, cuando te cogí en la mesa con...

—Hablar, coquetear, en la mesa, por los paseos. ¡He ahí mis culpas! ¿Qué no podría decir yo de ti, que te vas a la cama con todos los hombres que te caben entre las piernas?

—Yo hago lo que me da la gana.

Y se levantó. Al quedarse solo, Sketch paseó por la sala como un autómatas; en el silencio de la hora no se percibía más que el eco rítmico y sordo de sus

pasos; en la penumbra de la estancia, el último rayo de sol habíase detenido sobre los candelabros de bronce del piano de cola. Sketch apoyó la frente contra el cristal de la ventana, y fijó sus ojos tristes y como apagados en la dorada luz del crepúsculo; una araña se deslizaba a lo largo de su audaz puente colgante, entre el arquitrabe y el quicio; un tarro de melaza puesto al fresco, en un listón, lloraba sobre el vidrio, una lenta gota como de resina.

El joven se retiró, anduvo indeciso, se detuvo perplejo, e inició el mutis por donde se había marchado la actriz-amante.

En el hueco de puerta que daba sobre la escalera, Mélitta se le presentó con sus vastos ojos, y moviendo vagamente la cabeza, en silencio.

Sutilísima y delgada, casi incorpórea, era como una aparición; del rostro exangüe irradiaba la tumultuosa cascada de sus luminosos cabellos; los brazos se abandonaban a lo largo de la larga persona.

Con aquella palidez aureolada por un rubio radiante sobre el cuerpo erguido, en el hueco de la puerta, parecía propiamente un ostensorio de oro.

Un timbre repiqueteó con impaciencia. Abajo se vió correr a un camarero, que leyó el número en el cuadro indicador eléctrico, subió de dos zancadas los escalones, y se detuvo de pronto, volviéndose a Sketch:

—¿También el señor deja la habitación?

—¿Por qué?

—La señora se va mañana. Ha pedido un asiento en el coche de mediodía.

Sketch no respondió: buscó una decisión en el claro rostro de Mélitta; pero los ojos azules del más líquido azul permanecieron abiertos, y la boca pentagonal y roja como un clavel silvestre no se inmutó.

La flaca muchacha, que tenía la gracia enfermiza de la anemia, y que la presentaba más ingenua y

transparente que un cristal de cuarzo, revelábase ahora perturbadora como un enigma.

Era una de esas imágenes que nadie sabe pintar porque las líneas no son bastante inmaterialles, y porque los colores no tienen el brillo suficiente. No se pueden ver más que en sueños: o en música, porque la música es un sueño que se cuenta.

El camarero, dispuesto a seguir su camino:

—Si el señor manda algo...

—Llamaré.

El sol declinaba tras los montes lejanos, en una sonrisa sangrienta, cauterizando con su aliento de agonizante las crestas ensangrentadas de los picachos; y el valle se poblaba de sombras bajo la caliginosa melancolía azul de la tarde.

Sketch y Mélitta salieron fuera. El tenía necesidad de ver en el rostro de aquella criatura, que tal vez bajo la transparencia de su alma ocultaba alguna insidia. La conocía muy poco; sin embargo, le había proporcionado ya oscuras inquietudes. Se habían dicho pocas palabras, pero a él le pareció que la conocía ya desde muchos años antes, que había pasado con ella, a través de horizontes fantásticos, en una vida anterior.

Ella no hacía nada para influir en su suerte; no era entrometida, no era importuna; y hasta en ciertos momentos de duda, en el vértice de alguna crisis, se la había visto delante, aparecer y desaparecer en silencio, dejándole en los nervios una inquietud inexplicable, y en el corazón el casto perfume de sus vestidos vaporosos.

—¡Te gusta!—había asegurado su amante, refiriéndose a Mélitta.

—Me gustaría... colgarle de las orejas dos guindas—había atenuado Sketch.—Deberían sentar muy bien dos manchas rojas a los lados de ese rostro exangüe de masticadora de alcanfor.

Pero ahora después de algunos días, después de un cambio de palabras insignificantes, y de un

cruzamiento de miradas elocuentes, después de raros y casuales encuentros en los puntos angulares de su amor por la mujer perturbadora, aquella muchacha pura como la pureza, aquel esqueleto rubio, parecía la encarnación de un peligro, el símbolo de una amenaza, el árbitro (inconsciente, tal vez) de su suerte.

—Déjese ver, Mélitta—arriesgó él, cuando estuvieron en un recodo desierto.

La muchacha rió.

—Déjese mirar, Mélitta—insistió él ansiosamente, examinándola como se examina a un adversario que puede ocultar un arma.

Pero ella se deslizó bajo su mirada, y se separó de él unos pasos.

—¡Míreme!

Estaba subida sobre un cubo de roca negra como el basalto, y cuadrado como un pedestal; allá arriba, a dos metros del nivel del camino, su personilla se destacaba blanca sobre esa especie de tenebroso manto de terciopelo negro en el que se apolotonan de noche las montañas, que se sueltan solamente en las noches serenas, para sumergirse en un baño de luna.

Pero no le cuadraba bien aquella pose cómicamente estatuaria. Bajó y se acercó a su amigo, para que no sospechase en ella la malicia de hacerse seguir.

—¿Me permite que le dé el brazo?

Y lo tomó.

El camino corría a lo largo de un torrente; un torrente que canta en aquel punto como ningún otro torrente; canta como un violín al que le faltan las tres cuerdas mayores, y conserva el canto consumado del viento y de su voz.

¡El Lys!

Hasta su nombre es como un sonido arrancado de la última cuerda.

—¡Bajemos!—propuso Mélitta, dirigiendo su oído hacia un grosero tintineo de cacharros de aluminio.—Excursionistas que vuelven.

Y sin descolgarse de su brazo, describió un medio arco en torno suyo.

El hotel mostraba en su negro fondo ocho pequeños rectángulos de luz.

—Quisiera despedirme de usted—murmuró Mélitta, después de una gran pausa.—Usted partirá mañana. Ya no nos veremos más. Y nosotros no podemos decirnos adiós como dos extraños, que el azar ha juntado en una misma sala del restaurant y que el *maitre d'hôtel* ha sentado en dos mesas distintas. Quisiera tenderle mis manos un poco lejos de toda esa gente. Y al coche no iré: allí da demasiado valor el equipaje propio; por otra parte, no sería yo quién.

—¿Baja usted también?

—Salgc. Pero en dirección contraria: a la montaña.

—¿Con quién?

—Con nadie. Yo siempre voy sola. Sola me han visto todos siempre, a lo largo de la escollera del mar, por los vericuetos de los valles, por las calles estrepitosas de la metrópoli. Y no lo hago por pose, créame. Todo puede fingirse menos el amor a la soledad. El que finge amar la soledad, por un capricho de snobismo, y no la ama, un día cualquiera la traiciona con el primero que pasa.

—Entonces yo...

—Usted no es el primero que pasa. Otros muchos pasaron, y yo los dejé ir.

Como los excursionistas se aproximaban con su andar cadencioso, Mélitta y Sketch se echaron a un lado.

En el olor a almendras amargas que dejaron tras sí, pudo reconocerse al fabricante de nitrobencina. Cuando la masa confusa de sacos y personas se diluyó, en la oscuridad, la muchacha repuso:

—¿Sabe usted dónde nos sentimos verdaderamente solos? En el tedio de la muchedumbre, entre tres millones de habitantes, entre tres millones de

31083

desconocidos. Por el contrario, en los parajes desiertos, en el más abandonado y perdido de los villorrios, no se encuentra la soledad, porque basta con conocer a una sola persona para vérsela uno a cada paso entre los pies.

Y bajando en la sombra con la muchacha pálida y rubia, vestida de claro, tan ligera a juzgar por el peso de su brazo, tan tibia a juzgar por la larga mano desnuda que lo remataba, él pensaba confusamente, sin convicción:

«Esta muchachita es un precioso, policromo y pintoresco vegetal; paseando con ella se me figura, todo lo más, que llevo una flor en el ojal.»

Pero mentíase a sí mismo. Con nadie nos atrevemos a ser tan impudicamente embusteros como con nosotros mismos.

—¿No ha estado usted nunca en el extranjero?— preguntó la niña.—Yo sí: he viajado mucho.

—¿Sola?

—Sola.

—¿No tiene familia?

—No tengo a nadie. Tengo, sí, algún hermano, alguna hermana, hasta un padre. Pero no tengo madre. Y quien no tiene madre, puede decirse que está solo en el mundo.

Callóse, pensativa. Y reanudó:

—Además que... Los verdaderos parientes no son los que tenemos por destino genealógico, sino aquellos por los que se siente alguna afinidad: un día encontraremos por el mundo a un extraño, al que sentiremos hermano o padre. ¡Ese será un pariente verdadero!

—¿Y esa señora...

—...que ha venido a buscarme? Una tía cualquiera. Hace un mes, como hoy, comía yo pasteles en un bar de mala fama de la Cannebiere. El año pasado, por esta época, después de oír los chillidos estridentes de las cigarras de Provenza, fui a hundirme en el silencio religioso del golfo de Viz-

caya, entre danzadores y pelotaris vascos. Yo viajaría siempre. En el extranjero, si se lleva la ventaja de no conocer la lengua, todo el mundo parece genial: cuando no se comprende lo que dicen, nos parece que es una sutileza, un pensamiento trascendental. Pero el día que empieza uno a entenderles, ve que todo el mundo razona de igual manera. Y entonces se saca pasaporte nuevo, se pasa una frontera, se va uno a otro país que hable idioma distinto, para que resurja la ilusión.

Estaban sobre un puentecillo ligero, asentado sobre piedras inciertas, y levemente bamboleante.

Méjitta se colgó de su brazo.

—¿Pero por qué digo yo estas cosas?

—Para retrasar el momento de la despedida. No le tengamos miedo a ese instante.

El violín del Lys daba su largo sostenido de siempre, y el puentecillo temblaba bajo sus pasos.

Se soltaron.

—Yo no tengo miedo a nada—declaró Méjitta.

Pero como un viento fresco de las lejanas montañas le desflorase la nuca, y agitase amenazadoramente las ramas de los abedules inmediatos, se cogió con sus manos a las de él, y se refugió en su pecho.

El aspiró el perfume de sus cabellos blandos y enroscados, y la estrechó contra su cuerpo, toda ella palpitante, tibia, viva, y puso sus labios en aquella nuca suave y desnuda por el corte masculino de su pelo, saturada de una sensual tibieza de intensa juventud.

—¡No!—gimió ella, echando atrás la cabeza como un pájaro, para ofrecerle su rostro, pálido pero ardoroso, para ofrecerle una boca llena de amor y dos ojos llenos de lágrimas.

Una muchachita rubia, la noche oscurísima, el viento, el puentecillo sobre el torrente que canta...

En las viejas edades de maravilla, cuando los palos del telégrafo no profanaban la montaña civi-

lizándola, las bellas fábulas que narraban los rústicos, y que después rimaban los poetas y repetían los amantes (los amantes son poetas sin rima), las viejas fábulas de las edades maravillosas se formaban así.

—Usted tiene algo que decirme, pobre muchacho—murmuró la chiquilla con alterada voz.—Dígame todo. En esta penumbra de confesonario son muy dulces las pequeñas confidencias.

A pases lentos se dirigieron al hotel, que los reclamaba con sus luces veladas y sus falsos repiqueos de *gong*.

*
* *

—¿Sabe el señor que la señora come en su cuarto?—preguntó con flemática locuacidad el *maitre d'hôtel*, retirando de la mesa de Sketch uno de los cubiertos.

—¿Han llegado periódicos?

El *maitre d'hôtel* se los alargó, y Sketch desdoblándolos, alternó una cucharada de sopa con un párrafo de prosa. Pero no hubiera sabido decir si leía un artículo de esos acróbatas de las finanzas, que con la misma facilidad y las mismas cifras demuestran cómo la nación camina hacia el abismo, o le sobra el oro para empedrar las carreteras; o si leía el pretendido derrumbamiento de un artista célebre por el estéril desahogo literario de uno de esos críticos desconocidos, que con sus artículos indigestos no llegan nunca a salir de la oscuridad perpetua, ni a cambiar siquiera de postura.

Méltita y la actriz, la mujer que representaba su ayer y la muchachita que podía despejar su mañana, la mujer que había sido amante y la chiquilla que pudiera ser el amor, se juntaban, se compenetraban en su inquieta imaginación.

El comedor no existía más que para sus ojos: le quitaron un plato y le pusieron otro, sin que él se diese cuenta; deseó buen apetito a un señor que sabía; condimentó con mostaza francesa la mermelada de albaricoques; contestó que sí al camarero que le preguntó si quería café, y cuando lo tuvo delante dijo que no lo había pedido. Pero después se lo bebió, sin querer.

Méltita habíase puesto un vaporoso vestido verde, del que salían los brazos flacos y asexuales de niña: parecía envuelta en un alga tierna y agujereada, de esas que los pescadores llaman encajes de las sirenas.

«¡Quererla bien, no!—se repetía a sí mismo, para autosugestionarse, tomándoles delantera a las sensaciones.—Me gustaría ir con ella de paseo, y entrar en un café lleno de luces, teniendo a mi lado el pintoresco juego de colores armoniosos y rutilantes, que esa mujercita sabe colocar sobre su cuerpo. Pero amarla, ¡no!»

Méltita, sentada enfrente, alargó un brazo para coger algo de la mesa próxima. Y se estremeció toda ella.

«Electrogalvánica rubia—definió Sketch para sí, contemplándola.—Lo más parecido a ella es un insecto, un ortopétero: porque es también verde, y largo, y tiene el dorso plano, el tórax metido hacia dentro, los grandes ojos llenos de curiosidad como ella, y las piernas secas y desmedidas, dobladas en actitud de rezar. Mantida religiosa, se llama.»

«Pero he sido duro al compararla a los insectos», pensó con remordimiento; y reaccionando contra la instintiva ternura, completó: «...su cara parece también de un animalejo.»

—¿Le habéis llevado la comida a la señora?

—Ya se ha acostado.

—¿Es que está mal?

—No: muy bien. Duerme.

Después de la crisis nerviosa, dormía.

El actor cómico de la compañía, el gran lector de revistas científicas, le decía que el encorvarse de los gatos y su ronquido son producto de una especie de descarga eléctrica.

—¡Descarga eléctrica!—anunciaba el actor cómico durante los ensayos o en noches de estreno, cuando la artista preparaba, a nervios tendidos, una escena de cólera.

Y Sketch se había acostumbrado a semejantes descargas eléctricas: habían llegado a serle hasta necesarias.

Disputar todas las mañanas durante diez minutos con la amante propia es una gimnasia saludable, que prepara a la lucha diaria con la vida. Y todos los días ella le hacía ejercitarse en esos diez minutos de gimnasia doméstica.

—Esa mujer tiene un poder excitante, sobre tus nervios, como el cloruro de sodio—diagnosticaba el actor cómico.—Tú necesitarías bromuro. El bromuro aplaca.

El bromuro podía ser Mélitta, la muchachita que se le había aparecido con una brizna de hierba entre los dientes.

Pero el bromuro en grandes dosis atonta.

Insectos, recuerdos lejanos, medicinas... todo se revolvió turbiamente en su cerebro.

—«En adelante—pensaba—ya no puedo amar más que mujeres volcánicas como ella, pero jamás encontraré una tan perturbadora. Una virgen, una virgen rubia, es como un vasito de agua mineral ofrecido a un alcohólico.

«Pero aun cuando hallase una mujer más bella, más sensible, más inteligente, que me amara más, no acertaría en la sustitución. Amar a una mujer quiere decir acostumbrar a nuestro sistema cerebro-espinal a que no vibre más que por ella. Cada mujer tiene su «longitud de onda», como diría un radiotelefonista. Aunque yo recorriese todo el mundo,

no encontraría otra mujer con su «longitud de onda», aunque fuera más bella, más sensual y más enamorada.

«Sin embargo, esa mujer me envenena, me hace envejecer, me deforma la visión de todos los hechos, la valorización de todas las cosas. Es un fenómeno inexplicable como la jettatura y como la hipnosis. Es una especie de influencia maléfica que actúa sobre mí, que me comunica su locura lúcida, su fobia dinámica; río como si aspirase el protóxido de azúce, el gas de la hilaridad; me entristezco como si hubiera comido ensalada boliviana de hojas de coca; después de un choque con ella estoy varios días sobreexcitado; exploto, sin razón ni motivo.

»Llego a ponerme en ridículo ante mí mismo, pasando las noches bajo sus ventanas, para contar las veces que su amante le hace encender la luz.

»Llego a ponerme en ridículo ante los demás, mostrando en mi rostro las señales de sus uñas.»

—Antes de enzarzarte en una discusión con esa mujer—le habían aconsejado—toma una inyección antitetánica como preventivo.

Se había quedado solo en el comedor. Un camarero apagó todas las luces, menos la de su lámpara. En el telégrafo óptico de los empleados del hotel, eso es una señal que quiere decir:

—Señor, no queda nadie por marcharse más que usted.

Sketch no se movió.

«¿Irme? Es una tentativa inútil. No, no es una tentativa inútil. Lo era cuando nos separábamos en un largo período de crisis, de desesperación, de angustia, cuando los celos me devoraban. Pero hoy que ningún hombre se halla entre ella y yo, tal vez pudiera marcharme, sin que los celos me indujesen a volver.

«Si nuestro amor se describiera por medio de un gráfico, ¡cuántas interrupciones aparecerían, cuántos borrones, cuántas enmiendas!

»Mañana se va, dice ella. Y se irá, si yo no la suplico que se quede.

»¿Y si yo no se lo suplicase?»

El camarero se había quitado el mandil protocolario, y comenzaba a colocar las sillas sobre las mesas con un estrépito insolente.

—¿El señor no manda nada?

Sketch se levantó y salió.

Encerrada en un voluptuoso abrigo de castor, asomando los dos puñitos por las dos mangas, Mé-litta bajaba lentamente la escalera, deteniéndose a cada escalón, en equilibrio sobre una sola pierna.

—¿Dónde va usted tan deprisa, Mé-litta?

—Por una caja de cigarrillos y una consulta meteorológica.

—¿A qué hora se pone en camino?

—He dado orden de que me despierten a las cinco.

—La acompaño.

—¿A la montaña?

—Al Observatorio meteorológico.

—Vamos.

—Pero a la madrugada no podrá partir. ¡Verá qué tiempo más horrible! Si no llueve me voy con usted. ¿Me quiere?

—Estaré fuera algunos días.

—Pues me voy por esos días. ¿Me quiere?

—Querré.

Y abrieron, haciendo sonar la campanilla de alarma, la puerta del estanco.

El viejo de la gran barba flúida como un chorro de agua que resbalase por un mármol, puso en la mano de la joven cliente el acostumbrado paquete de cien cigarrillos.

—¿Qué tiempo tendremos mañana?

El viejo tomó un puñadito de sal, observó sus condiciones higrométricas, después levantó la cabeza buscando a través de los turbios vidrios de la tienda un punto invisible de la colina en sombras.

—No hay duda ninguna—sentenció.—Cuando...

Y declamó un proverbio en rima libre, y en una incomprensible mezcla de alemán averiado y de celta descompuesto, que Mé-litta comprendió divinamente: lluvia segura.

—¿Qué ha dicho?

—Que un magnífico sol—tradujo la muchacha.

Saludaron.

—¿Y usted no es engullidor de humo? ¿No? Yo fui criada por una formidable ama búlgara, que mientras me confiaba sus grandes pechos balcánicos, fumaba en una gran pipa de madera.

A la salida, un nuevo repiqueteo del campanillo les siguió a lo lejos, lleno de gárrula y tintineante malicia. La joven lo sintió en sus orejas todavía como un campanillazo de augurio, cuando más tarde, en su cuarto se soltaba la larga cabellera de oro sobre la espalda, y la contemplaba a la luz de la lámpara.

*
* *

Durante toda la noche, estuvo la actriz en una languidez compuesta de acabamiento y de deseo. Habíase hecho más hermosa con un estudiado provechamiento de pequeños utensilios, de frasquitos multiformes, de milagrosas cremas: había velado la luz improvisando una pantalla con un pañuelo de seda a grandes manchas, para que su cuerpo, tan conocido por el amante en sus sombras más íntimas, fuese acogido ahora con la novedad del misterio. Pero la noche pasó muda. Ni una campanada, ni un ladrido lejano, ni el leve ruido de la carcoma (la campana, el perro y la carcoma de todas las noches de insomnio). Hasta el Lys parecía haber puesto sordina a su canto, como si la sociedad del hotel le pagase solamente para que cantara de día.

Había dejado entreabierta la puerta, para que por la juntura de las maderas se filtrase, como reclamo

para el amante, un haz de luz, y él pudiera llegar hasta la cama sin humillación.

Se adormeció, se desveló, se retorció en ese tormentoso período que hace las noches interminables, hasta que se durmió con un sueño plúmbeo de enferma. Cuando volvió a despertarse, era de día.

Sin ahuecarse el pelo, sin mirarse al espejo siquiera, se puso una bata y corrió a la puerta del amante.

—¡Abrel

Silencio.

—Te ruego que abras.

Silencio.

—Te suplico que abras. Amor mío, no seas así.

Y se asió con sus dedos a la puerta, como a una tabla de salvación.

—Perdóname. ¿Qué te he hecho yo? ¡Te adoro!

Bajo la presión de su cuerpo, la frágil puerta pareció ceder.

Ella empujó más, con las dos manos abiertas, y se halló en el cuarto de Sketch.

Olor de agua de Colonia y de dentífricos al mentol: el lecho deshecho; el desorden desesperado de quien ha tenido prisa por desaparecer.

La amante volvió a su habitación muy despacio, muda, sin llorar, sin desgarrar pañuelos, sin romper botellitas de cristal.

Sacó de su caja de peines una lima finísima, de mango de marfil, y se puso a limar con cuidadosa diligencia la punta de una uña, arreglándola luego con el polisuar.

3

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apdo. 1625 MONTE ALCY, MEXICO

Dos formas humanas subían, en la pálida luz del amanecer, por un angosto sendero a media cuesta, que cortaba los brezos con sus arabescos caprichosos.

En el atajo de la montaña, como dos contrabandistas de amor, que llevasen la peligrosa riqueza de sus ilusiones, callaban al huir, para que su voz no los denunciase.

Pero ella, Méllita, que iba delante, parecía mercearse sobre sus propios tobillos, sonriente, como si el alma le centellease dentro, en voz baja, la canción de su juventud.

—¿Estás cansado, Mauro?—dijo burlonamente la muchacha reparando que le había *handicappato* algún paso.

Sketch sonrió y la siguió.

Se llamaba Mauro Mauri. Ciertos padres, en lugar de pedir perdón a sus hijos, por haberles dado el inútil regalo de la vida, se permiten estúpidas bromas e insulsas argucias con su nombre.

Mauro Mauri estaba sereno, como si su drama no lo llevase en la carne, ni le hubiese lanzado a un abismo. La angustia de la noche anterior se había aplacado milagrosamente, desliéndose en una especie de dulzura.

El mal le desgarraba las entrañas, pero él llevaba